

nate habitar en el corazón que solo tu fervor inflama.

» ¡Oh manjar dulce que alimentas y no cansas! ¡fuente de alegría, que ríes en medio del llanto! ¡Oye, benigno Señor, mis gritos devotos, y dirige mis ojos á tu divino esplendor, apartándolos del mundo ciego.

» ¡Oh refrigerio encendido por un nutritivo fuego! ¡Oh leve y dulce peso, afán agradable, Señor, ven, yo te invoco! ¡El alma se inclina á ti, oh única medicina, contra las heridas del furor mortal!

» Tú eres suave río; tú eres luz que aclaras y no confundes: infunde tu esplendor en el tenebroso ingenio, hasta que tu verdad me posea y me liberte del error.

» Paraclito amoroso, ¿cuándo te tendré, cuándo? Amor lleno de gracia, ven, que te invoco; á ti extendiendo mis brazos, que eres raíz de toda virtud: sin ti el ama pecadora es como tierra sin riego.

Amor, sin tus dones me fatigo en vano; sabes que estoy enfermo por el pecado antiguo, que estoy famélico y ando mendigando, lleno de miseria y de mal, y el alma carnal sin tu ayuda viviendo muere...

» Señor, dame ciencia, consejo y entendimiento, fortaleza y sabiduría, piedad y temor perfecto; entra luego en mi pecho, adornado de piedras preciosas, de modo que en el último día el alma torne desnuda á su Hacedor.

Cito estas poesías entre las populares, aunque compuestas por gente literata, primero porque eran y son cantadas por el pueblo, que las siente y comprende; segundo, porque los literatos académicos, en sus historias y colecciones, no las han creído dignas de mención, si bien no son menos bellas, y antes por el contrario, son mucho más, en mi juicio, que algunas de los maestros.

Una canta:

Deh piangi, anima mia,
L'antica tua follia:
Deh piangi, afflitto core,
Il tuo passato errore,
E i di tristi e penosi
Che ti parean gioiosi...
La fiamma ov'io giacea
Letto di fior credea;
L'assenzio, il toscio, il fele
Pareami ambrosio e mele,
E le tenebre mie
Luce di mazzo die.

« ¡Ay! ¡lora, alma mia, tu antigua locura. ¡Ay! ¡lora, triste corazón, tu pasado error, y los días penosos que te parecían alegres.

» Juzgaba lecho de flores á la llama en que yacía; parecíanme ambrosía y miel el ajeno, la hiel, el veneno, y luz de medio día mis tinieblas.

En otra hay una composición entre esta tierra y el cielo:

Se questa valle di miserie piena
Par così amena — e vaga, or che fia quella

Beata e bella — region di pace,
Patria verace?

« Si este valle de miserias parece tan ameno y hermoso, ¿cuál será aquella feliz y bella región de paz, verdadera patria? »

Los padres del Oratorio se valían principalmente de ellas para excitar con aquel canto fácil y devoto las almas al amor de Dios (1).

Muchas veces son diálogos, ora entre el alma y el cuerpo, ora entre una pecadora y la Virgen, ora entre el discípulo y el maestro.

DISCÍPULO. Quisiera mudar de vida; el arrepentimiento ha entrado en mi corazón. Pero ¿qué dirá la gente?

MAESTRO. El hombre sabio aprobará; se reirán los necios. Pero ¿qué te importan estos?

DISCÍPULO. Cuando me vean, me dirán: Te he visto; teatino, encenagado en el vicio.

MAESTRO. Y tú les podrás decir: El que no es teatino será un diablo, etc.

Los Alemanes que formaron colecciones de poesías populares italianas, añadieron algunas religiosas, compuestas por San Alfonso Ligorio ú otros. Ha habido quien los censurase; nosotros no, pues tales canciones y otras que se remontan hasta Segnori, son cantadas realmente por coros de pueblo en las misiones, y en seguida conservadas y repetidas en las iglesias y en las casas; de modo que pertenecen al género de la poesía popular, cual nosotros la entendemos.

Además, en todos los puntos de Italia se cantan canciones verdaderamente populares, y las mejores en Toscana y en la Romanía. Se han hecho varias colecciones, como la de Visconti de las de la Campaña romana, la de Atanasio Basetti de las de los Apeninos, la de Silvio Giannini y otras de los Toscanos; y todas han sido recopiladas por Tomasso: antes habían hecho una colección los Alemanes Müller y Wolff, á que acompaña la de los señores Reumont y Köpisch (2).

Por lo regular, los asuntos son el amor y la burla, y en las toscanas hay siempre más delicadeza, porque tal es la índole del país y la naturaleza del lenguaje. Los enamorados can-

(1) Il 1º libro delle *Laudi spirituali a tre voci. Il IIº libro... a tre e quattro voci*, ecc. Roma, Gardano, 1585.

(2) Wolff, *Egeria*, continuación á la colección póstuma de Guill. Müller. Leipzig, 1829.

Köpisch, *Agrumi*.

ALFR. REUMONT, *Italia*. Berlín, 1839, con adiciones del doctor Witte.

Desde la primera edición de nuestra obra, muchas son las colecciones de poesías italianas que se han publicado. Quizá las primeras fueron las toscanas por Silvio Giannini en la *Viola del pensiero* (Violeta del pensamiento) en 1839. Últimamente hemos visto los *Cantos umbrios, ligurios, pisanos, piemonteses* por Marcoaldi, Génova, 1833; los *Cantos populares toscanos* por Tigri, Florencia, 1836; *Fé, Voceri della Corsica*; *Nigra, Canzoni popolari del Piemonte*; Aquiles Canale, *Canti calabresi*, 1863; *Raccolta di canti popolari siciliani* por Leonardo Vigo. Es importante también por los cantos albaneses, coleccionados por Crispi, y publicados en la misma obra con el original y la traducción.

tan al pié de la ventana de sus bellas serenatas romances:

« Con el fresco de la noche cantan las jóvenes y se preguntan una á otra: ¿Has visto á mi amor? ¿Has visto al que amo? — Si no le he visto, le llamo con mi canto. — Si no le he visto, con mi canto le invito á venir.

» He venido á cantaros una serenata, dueño de la casa, si no os parece mal. Sé que tenéis dentro de vuestras paredes una linda joven. Y si acaso estuviere dormida, le diréis de mi parte: Que ha pasado por aquí un caro servidor suyo, que la tiene día y noche en la mente. Entre el día y la noche componen veinticuatro horas, y la tengo en el corazón veinticinco.

» Voy de noche, como la luna, en busca de mi amante: encontré á la muerte acerba y dura, que me dijo: No la busques, la he enterrado.

» Si fuese ciega y no viese la luz, ¡cuántas cosas me darías á entender! Me llevarías al borde de un río, y poco á poco me arrojarías en él; poco á poco me has arrojado. Ya que me has engañado á mí, engaña á los demás.

» Joven eres como la hoja, que cede al impulso de todos los vientos; haces como la serpiente cuando se despoja de su piel; das á los demás la paz y á mí la guerra; haces como la serpiente en la tierra, á los demás das la paz, á mí el veneno.

Es también común la forma de *rispetti*, breves poesías cariñosas, de cuatro, seis ú ocho versos, los últimos de los cuales están diversamente dispuestos y vuelven y revuelven la misma idea, alargando y repitiendo la cantinela. Los *stornelli* son unas composiciones de tres versos solamente. El tercero consona con el primero, que por lo común es un nombre de flor; el segundo muchas veces tiene la rima imperfecta y asonante:

Chicco di riso,
Se l'incontrassi per la stada a caso
Sia maledetto se lo guardo in viso.

Fiore d'oliva,
Beato chi vi cerca e non vi trova,
E chi vi corre appresso e non v'arriva.
Fior d'amarantí!

Voi siete ventarola a tutti i venti,
Avete un core e lo donate a tanti.

Fior di limone,
Limone è agro e non si puol mangiare,
Ma son più agre le pene d'amore.

« Grano de arroz, si casualmente le encontrase en la calle, maldito sea si le miro.

» Flor de olivo, feliz el que os busca y no os halla, el que corre tras de vos y no os alcanza.

» Flor de amaranto, sois veleta que obedece á todos los vientos; pues tenéis un corazón y lo dáis á muchos.

» Flor de limón, es agrio el limón, y no hay medio de comerlo, pero más agrías son las penas del amor.

Á veces tienen una forma variada, como en los siguientes:

Oh quante stelle,
Vieni, Peppino miò, vieni a contalle:
Le pene che mi dai, son più di quelle.

Là nel giardin c'è un alberin d'amore,
E sopra c'è Tonnino per cascare,
E sotto c'è Rosina e aspetta il core.

L'amore è fatto come il vios del fiasco;
La éera è buono, e la mattina è quasto.

« ¡Oh cuantas estrellas! Ven, Pèpito mio, ven á contarlas: muchas más son las penas que me das.

» Allá en el jardín hay un arbolito de amor; arriba está Antonino á punto de caerse, y debajo está Rosita y espera el corazón.

» El amor es como el vino de la botella; la vispera está bueno, y el día siguiente está echado á perder.

Á veces se cantan alternativamente por personas desde lo alto de dos montes opuestos, en forma de desafío, y las más veces empiezan por este estilo:

Eio delli stornelli ne so tanti,
Che n'ho da caricar sei bastinenti;
Chi ne vriol profitar si faccia avanti.

« Tantos son los *stornelli* que yo sé, que tengo para cargar seis barcos; preséntese quien quiera aprovecharse.

Y luego se ponen á cantar, y después del segundo verso y también después del tercero intercalan una pequeña aria de diferente sentido, por ejemplo:

E non so e non so
Se marito lo prenderò.

Ma perché, ma perché
Carò mio amore, non mi vuol ben?

« Y no sé y no sé si por marido le tomaré. ¿Pero por qué, pero por qué, caro amor mio, no me quieres más? »

Y se ponen también en los *rispetti* estas pequeñas estrofas, que antiguamente se llamaban *rifiorite* (reflorecidas).

Las *serenate* (serenatas) se cantan por la noche á la enamorada: hace pocos años que Florencia estaba llena de ellas; ahora no las hay más que en las pequeñas poblaciones: al paso que en Venecia se oyen en las góndolas con acompañamiento de bandolín ó de guitarra.

Por la primavera cantan aun las canciones del Mayo, y á menudo se hacen alternativamente.

Á veces la canción se alimenta de supersticiones como esta:

« He estado en el infierno y he vuelto (1). ¡ Misericordia! ¡ Cuánta gente había allí! Dentro de una habitación toda iluminada estaba mi esperanza. Regocijose al verme, y luego me dijo: Alma mía, ¿ no te acuerdas de aquel tiempo en que me llamabas tu alma? Ahora, mi caro bien, bésame en la boca, bésame hasta que te diga: no mas. ¡ Qué sabrosa es tu boca! Por favor, ¡ haz que lo sea también la mía! Me besaste, bien mio; no esperes, pues, volver á salir de aquí. »

Tommaseo ha hecho notar la semejanza de esta canción con la balada de Göthe, en que una muerta viene á gustar en los labios de su amante el deleite que había probado ya cuando estaba viva, y á comunicarle la muerte con sus helados besos.

Hay alguna que recuerda las correrías de los Berberiscos, tan frecuentes un tiempo en las costas toscanas:

« En medio del mar hay una barca de Turcos; tened lástima, jóvenes, que mi amor es mas hermoso que todos. »

Así dice el Sanese, y de otro modo:

« ¡ Alerta, alerta! suena el tambor, los Turcos están armados en la playa, la pobre Rosina ha caído prisionera. Han tirado tantos cañonazos en el canal de la Berbería... Á no ser por los valientes marineros, no volviera á ver á mi hermosa. »

Á la guerra se refiere también esta de Umbria:

« ¡ Jovencito, que vas con la flor en la boca, que bien te va ese yelmo en la cabeza! Pareces un San Jorge, cuando le arroja la alabarda á la cabeza. Jovencito con el cabello oscuro, ¿ cuando iremos á tocar la caja? Yo quiero ir contigo mañana y tarde, aunque no fuera mas que en calidad de cantinera. Y por ti, amado mio, si menester fuese, sabré manejar el fusil y la espada. Y por ti, amado mio, mal me está el decirlo, sabré también luchar y morir. »

Alguna recuerda los últimos tiempos, y lo que mas dolía al pueblo:

« Ha llegado la quinta; ¿ qué voy á hacer si le toca á mi amado? Quiero vestir enteramente de luto. Y ha sacado el número cuatro; adios, querida Antonina, ahora te voy á dejar, etc. »

Sobre el mismo tema se oyen aun, y se oían mas hace poco, cantar muchas canciones en la Alta Italia. Alude á él una piamontesa, que despues de retocada por el señor Rocca, dice así:

« Caminante que vienes de lejanas tierras, ¿ has visto á un hermoso joven? Hace un año que me dejó, por orden del soberano, para ir

(1) Otras veces empieza así:

« He estado en el infierno y he vuelto. ¡ Cuánta gente, misericordia! Allí vi á Jódas encadenado, y en cuanto me distinguió, sacudió las cadenas y me dijo: Vete con los santos, no hay santos donde estoy yo. »

Algo parecida á esto es una canción piamontesa, de la cual sacamos los siguientes versos:

« ¡ Misericordia! ¡ cuánta gente había allí! hervía mi amor lo mismo que en una caldera: estaba esperando que fuera yo á darle la mano: y cuanto mas lo deseaba tanto mas estaba lejos de mí. »

á tomar el fusil. He quedado sola, y no cesaré de suspirar hasta que vuelva. Si no vuelve, moriré desesperada. »

En el Milanésado, una canción pinta á las « pobres jóvenes que el lunes madrugan para ir á la puerta del Sempione á ver partir las tropas, y dan lástima. » Otra es el lamento del quinto mismo, que saluda á los suyos: « Adios, padre, adios, hermanos, adios, amigos; no volveréis á verme. Alzo los ojos al cielo y veo brillar las estrellas, ¿ cuál será la que ruegue por nosotros? Pero no es tiempo de llantos ni de suspiros: la patria requiere mi brazo, y me toca marchar. » Otras mas valientes se mofan de la vida del soldado: « Miserable oficio, que pone en el necesario caso de comer pan de munición, dormir en el cuartel, tener poca paga y no poder robar. »

Era seguramente uno de los manejos de la policía esparcir entre el pueblo y hacer cantar por las calles canciones en elogio de Napoleón, que menudeaban: útil advertencia para los que, sin criterio, se atreven á deducir de los cantos el sentimiento popular.

Por lo demás, siempre que he vuelto á entrar en Lombardia, viniendo del extranjero, una de las diferencias que mas me ha llamado la atención ha sido oír esos cantos alegres que se entonan en toda nuestra campiña, y singularmente durante los trabajos sedentarios, como los de la seda y los últimos campestres. Entre los millares que no parecerían ménos dignos de mención que las colecciones de Toscana, si no fuese la lengua por el argumento mas usual, son los goces ó los tormentos del amor. En uno hay una madre que quiere casar á su hija con un zapatero, y esta contesta: « No, porque todo el día me tendrá ribeteando zapatos; » con un herrero, y ella le responde: « No, porque en todo el día no cesaré de oír martillar; » y así sigue, pasando revista á las varias profesiones. En otro, por el contrario, la madre expone á su hija todos los defectos del que ama, y ella tiene una razón ó un sentimiento en contestación para cada uno. Esta canción enumera los males del matrimonio con un viejo; aquella las incomodidades de todo el matrimonio, y el fastidio de los chicos.

Mas bien que á Mayo, acostúmbrase en el condado milanés celebrar á Enero, y los jóvenes y los aldeanos andan en grupos cantándolo por las alturas (1).

Muchas canciones atacan á los frailes y las monjas, perpétuo blanco de la burla y de la veneración, del vilipendio y de las esperanzas del vulgo; y con mas frecuencia á personas que no se creen vulgo. Parece que la obscenidad gusta mas de satisfacer sus caprichos á proporcion que es mas sagrado el objeto. Trátase en una de un padre que quiere obligar á

(1) El concilio romano de 743, cán. IX, prohíbe los cantos y los bailes *per rivos y plateas*, particularmente en las calendas de enero. LABBE, t. V, col. 4348.

su hija á entrarse monja. Ella encuentra oportunidad, y escribe á su amante un billete, diciéndole que vaya á libertarla. Él inmediatamente va á la caballeriza, busca sus caballos, mira y torna á mirar este, ejecuta lo mismo con aquel, manda ensillar el mas hermoso (1); y pica las espuelas, y ve una comitiva, y pregunta qué es: « Es María que va á entrarse monja, » le contestan. « Salud, María; permitid que os diga una palabra. Alargadme vuestra blanca mano, y os pondré el anillo en el dedo. » En fin, la canción termina clamando contra el país, contra la ciudad, donde ya no se encuentran clérigos, ni frailes, ni confesores, sino solo jóvenes hermosas que hacen el amor.

En otra aparece ya encerrada contra su voluntad en el convento, y se habla de los males que allí sufre, y de lo mal compensados que están con los dulces, las visitas, el locutorio, que se compara á un purgatorio, porque todo se reduce á ver y nada mas.

También conocemos en alemán una canción donde una joven llora al ver la flor de su juventud marchitarse en las monótonas soledades del claustro, imagina los goces del amor que ignora, y desde aquel encierro tenebroso tiende los brazos al sol que no alcanzará: « Envíe Dios días funestos al que me hizo monja, al que me ha dado el manto negro y la toca blanca. » Schubert ha tomado de aquí una canción, cuyo aire de piadosa melancolía conocen todos los aficionados á la música.

Pocas de las canciones italianas insisten en un solo pensamiento, ó desenvuelven un hecho; pero cuando lo hacen, es con un movimiento poco comun en composiciones de su clase.

— Cecilia, la hermosa Cecilia, llora noche y día; llora á su marido, que va á morir. Corre á casa del comandante de la plaza, el cual le contesta: En « vuestra mano está salvarle; pasad una noche conmigo. » Y ella se traslada á la cárcel, refiere el hecho, y el terror de la

(1) Este movimiento dramático se encuentra también en una canción danesa, titulada *La libertad del prisionero*:

La doncella pregunta á su madre: « ¿ He tenido alguna vez hermano? »

— Tienes nobles hermanos; pero se hallan en poder del conde. »

La doncella va á la caballeriza, y mira todos los caballos; el bayo, el morello, y ensilla el mejor.

« Oye, amiga del conde: ¿ está en casa tu amante? »

— Fue ayer á la dieta á juzgar á un homicida.

— Dime, ¿ dónde están los presos? »

— En una habitación sin fuego ni luz. La puerta está cerrada con un grueso cerrojo, y ninguna mujer puede entrar. »

La joven se acerca, y con sus delicados dedos abre el cerrojo de hierro.

« Oye, querido hermano. ¿ Te dejaste coger por un hombre solo? »

— No eran cuatro ni cinco; eran mas de treinta ágiles y fuertes.

— Yo soy pequeña, como una flor de lis, pero treinta hombres no me cogerían;

Soy mujer; pero treinta hombres no conseguirían encadenarme. »

Liberta á su hermano, y pone en su lugar á la amiga del conde.

« Si tu amante quiere otro prisionero, dile que venga á buscarme en el campo. »

muerte hace que el marido condescienda vilmente. Á media noche, Cecilia lanza un suspiro. El poderoso le pregunta por qué suspira; y ella le responde que piensa en su marido. Aquel la consuela; pero por la mañana, acercándose al balcón, la infeliz ve ahorcado á su marido, á quien su deshonra no había logrado salvar. Cecilia, llena de vergüenza y de despecho, huye, y al llegar á un río, encuentra un barquero que le pide una recompensa por pasarla al otro lado. — Y prosigue de este modo, mereciendo que la lean hasta el fin los que procuran refrescar con las invenciones populares la aridez que se advierte en las de escuela.

También en Italia saben la canción, que creo de origen veneciano, de Doña Lombarda, la cual, instigada por su amante, echó veneno en el vino que su marido le pidió al volver á casa. Trascurre un año, y el mismo día el amante pide de aquel vino á Doña Lombarda; esta se lo sirve; pero él, creyendo ver hervir dentro sangre, se siente desgarrado por el presentimiento de un fin miserable.

Hace pocos años que, á causa del delito de una tal Mariina, que asesinó á su marido, se recordó una canción alusiva á un caso semejante, en extremo dramática:

« Vé, villano, con los bueyes, é introdúceles el aguijón. Tres horas antes del día empieza mi jornada. Yo como pan casero, bañado de rocío. » De vuelta de sus fatigas, encuentra enferma á su mujer, se acuesta, y es asesinado. Á ella la prenden, y la canción acaba diciendo, que quien la compuso y la cantó, fué la hermosa Mariina con la cara en la reja de la cárcel (1). Esta es la única moralidad de la composición, en la que, por lo demás, no hay una sola palabra de lástima ni de remordimiento.

El ritornelo de esta canción es el bien conocido *mironton* de los Franceses. No se necesita, sin duda, subir hasta los orígenes comunes de los pueblos, para ver cómo una canción ha pasado de un país á otro. El vulgo lombardo canta estrofas, que ha encontrado en colección:

(1) Una canción piamontesa concluye así:

« ¡ Cielos! ¿ quién ha compuesto esta canción? fué la hermosa Mariulina cierto día de fiesta, con la cadena á los pies, y un terrible dolor de cabeza. »

También una canción de Languedoc, alusiva á un quinto, acaba así:

Qui qu'a fait cette chanson,

N'en sont trois jolis garçons;

Ils étaient faiseux de bas,

Faiseux de bas, faiseux de bas,

Ab;

Ils étaient faiseux de bas,

Et à c'heure ils sont soldats.

En ella hay alguna estrofa que recuerda la ya citada de los quintos:

Adieu donc, chères beautés

Dont nos cœurs sont z'enchantés;

Ne pleurez point not' départ,

Nous reviendrons tót z'ou tard.

Adieu donc, mon tendre cœur;

Vous consolerez ma saeur;

Vous y direz que Fanfan

Il est mort z'en combattant.

nes de otras comarcas de Italia; por ejemplo, esta:

Stanco di pascolar le peorelle
(Cansado de apacentar las ovejas);

y esta otra:

Pastorelle fortunate,
Quanto mai felici siete
(Pastorcillas felices, cuán venturosas sois);

y la siguiente, que he visto citada como de la Umbría:

Io son contadinella
Alla campagna avezza
(Soy labradoreita acostumbrada al campo).

No importa se diga que no están en el dialecto, porque rara vez lo están las canciones de Lombardía, dándoselas, al contrario, ciertas terminaciones, ciertos giros de frases, para acercarlas al lenguaje correcto, que las afean.

Antes de que viniese la Revolución á ocupar los ánimos con asuntos mas serios, habia en Milan una compañía de buen humor que sacaba por carnavales una comparsa, llamada la *Facchinata*, en la que ricos y comerciantes se disfrazaban de mozos de cordel y de montañeses, con tocatas, danzas y versos propios del caso. Muchos de estos versos llegaron hasta el pueblo, espontáneos, sin duda, alegres, epigramáticos, pero que no pudieron retratar las costumbres de Lombardía.

¡Ah! no se me eche en cara que no cito mas que las frivolidades del pueblo donde nací. El lector debe creer que habré buscado algunos vestigios de sus épocas gloriosas; pero los terribles sucesos del siglo XV, así como los humillantes del siglo XVI los borraron. Ha habido muchos que han cultivado el dialecto lombardo, pero ninguno ha llegado hasta el pueblo. Deja á todos á gran distancia, por su talento, Carlos Porta, el cual se alimentó tambien de ideas que alguno llamaría populares; desaprobó la conducta de uno que adulaba á un vencedor cismático del Norte, excluido por San Ambrosio del gremio de la Iglesia; cantó un brindis á Napoleón y despues otro á su vencedor, describió el predominio de los soldados franceses, y luego se quejó altamente cuando, en premio de haber dado gusto, fué considerado *digno de ir á presidio* por una sátira liberal harto memorable; hizo reír de las simplezas del vulgo milanes, y de su sufrimiento amenazador; y al combatir la renaciente aristocracia, profirió blasfemias contra los sacerdotes y la beneficencia. Sin embargo, todos confiesan (y añadirémos, afortunadamente) que el pueblo no aprendió sus canciones; pues que no es pueblo (y sí vulgo quizá) la plebe rica, docta, patricia, los rateros de ciudad y los habitantes de taberna. El entusiasmo por él no pasó de nosotros, literatos, que conocemos el arte, que admiramos

la magia de su estilo, y que no acertamos á explicar, ó no nos cuidamos de averiguar por qué no obtuvo el triunfo de los aplausos populares.

Todo el mundo ha podido oír repetir en las plazas romanas y napolitanas los cantos épicos que celebran las hazañas de famosos bandidos ó magnates, como Meo Pataca, Mastrilli, Fra Diavolo, etc. Los Napolitanos son alabados particularmente por sus aires, cuyo estudio ha valido á algunos músicos modernos, y en especial á Bellini, ciertas melodías delicadas y sentidas, como las obtendrian los poetas si estudiasen la poesía popular. Hace pocos años que salió de Nápoles una canción (*I te voglio ben assaje*) la cual dió pronto la vuelta á Italia. Nos encontráramos allí en los primeros momentos de su aparicion, y presenciamos el caso de las creaciones populares. Era naturalísima la curiosidad de saber quién habia compuesto las palabras y quien les habia adoptado un aire que se cantaba, así por el *lazzarone* de Santa Lucia, como por la dama de la calle de Toledo. Siendo de origen tan reciente, nada parecia mas fácil: sin embargo, el poeta y el músico permanecieron ignorados, tanto que en San Carlino (el teatro nacional) se representaba una comedia, cuya intriga consistia justamente en la indignacion de aquel autor desconocido.

En las montañas de los Abruzzos los descendientes de las antiguas Sabinas improvisan á menudo en los funerales; y nos parece digno de conservarse este canto de una jóven á la vista del cadáver de su amado:

Si t'arricorda, drent'allu vallone,
Quanno ce commenzemmo a ben vonhene
Tu me dicisti; Dimme sci, o none (si ó no);
I te voltaí le spalle, e me ne jene (me fui).
Or sacci, mio dorcissimo patrone,
Ch'e'n fondo al cor già te vuelvo bene;
Viene domani, viemme a consolare,
Chè la risposta te la vuoglio dare.

En medio de los amenísimos desiertos que llenan de admiracion y lástima al viajero que atraviesa la Sicilia, país que jamas se olvida cuando se ha visto una vez, el pastor, el arriero repiten, al compas de ciertos aires tristes y melódicos, las canciones del incomparable Meli, que respiran ática frescura en un lenguaje que recuerda á Teócrito y las musas sicilianas. Algun jóven poeta atesora allí las tradiciones populares, y las reviste de poesía, quizá demasiado esmerada para llegar á ser popular y á retratar la delicadeza ática de los Sicilianos.

Son particulares los canciones de la Córcega, como la índole de aquellos naturales, con tanto de primitivas, con sentimiento profundo de la personalidad que se pierde en otros puntos; con la herencia del odio, con los rencores sin cesar renacientes, con el valor salvaje, con energía de afecto y tenacidad de dolor, con las inmortales venganzas y al mismo tiempo parcas y austeras virtudes. Los enamorados cantan allí

serenatas y repiten *pachielle*, acompañándose con la guitarra y disparando tiros de fusil los que pueden ostentar esta riqueza, allí importantísima.

En las bodas todas las ceremonias se celebran y explican por medio del canto; el acto de vestir y de velar á la esposa, la partida de la casa paterna, la ida á la iglesia, el acto de levantarle el velo, las danzas del siguiente dia, y del tercero, cuando la esposa va á la fuente con sus parientas y amigas, y saca agua en un cántaro nuevo, y arroja á la fuente cosas de comer y migajas de pan, y bailan en rededor.

En los funerales tambien todo se vuelve caracoleos y *voceri*, nombre que dan á los cantos fúnebres. Tal es el siguiente de una jóven que llora á su padre asesinado:

« Sali de las Calancas por la noche con una luz en la mano, buscando por todas partes á mi papá; pero le habian dado muerte.

« ¡Oh! este es mi papá; le lloraré mucho. Tomad el delantal, la lana y el martillo. ¿No queréis ir, papá mio, á trabajar á San Marcelo? Han asesinado á mi papá y herido á mi hermano.

« Mas, para vengar al papá, necesitare de muchos.

« Traedme las tijeras; quiero cortarle el cabello para tapar sus heridas, porque tengo los dedos llenos de sangre de mi papá.

« Quiero teñir un pañuelo con vuestra sangre y ponérmelo al cuello, cuando se me antoje reír.

« Subo por las Calancas, y bajo por la Santa Cruz, siempre llamándoos, papá mio; ¡ah! respondedme, me le han crucificado, como crucificaron á Jesucristo.

« Esta mañana quiero plantar en el campo santo un ciprés... »

Las mas de las veces son ó fingen ser hermanas que exhalan quejas ante el cadáver de su hermano, invocando venganza ó insultando la justicia que le mandó dar muerte. Pues la parte poética de todas aquellas canciones es la vida del bandido, desgraciadamente héroe, cuyas hazañas, padecimientos y feroz indiferencia en dar ó recibir la muerte se celebran. Una de formas ménos rudas dice así:

« Siete años hace que vivo errante, y lejos de mi casa y mis parientes; abandonado y desconsolado, voy recorriendo los bosques y llevo una vida triste y desesperada como una alma condenada.

« Me asusto cuando oigo el ruido de un animal que anda, de una avecilla que mueve las alas; y nada mas que el áura, que acaricia las hojas de un árbol, parece que me invita á huir.

« No ceso de llorar mis penosos quebrantos, y de tener delante de la vista mis goces pasados; pienso en aquellos, pienso en estos.

« ¡En qué estado se verá mi pobre familia! ¡Cuántas millas nos separan! ¡Cuánto tiempo ha de pasar ántes que llegue á abrazarles y estrecharles entre mis brazos!

« ¡Ah! ¡corred á aquella fuente! causa de mi destierro, y allanad aquel monte... Conseguí mi paz; haced de mí lo que os guste... con vuestro consejo aceptaré cualquier destierro.

« Virgen sacrosanta, Madre y Virgen piadosa, muévaos la triste situacion de vuestro siervo que os canta su dolorosa vida.

« Ofreced mis oraciones á vuestro divino Hijo, para que se digne oír el *Miserere* que sin cesar canto con la cabeza inclinada, que me dé paz infinita y gloria en la otra vida. »

Esta mezcla de ternura y fiereza, de religion y delito, se encuentra siempre en los cantos corsos; propia de un pueblo, « cuya vida protege la luz del fusil; que al ruido del fusil dan las serenatas; cuyos niños simulan, tirándose piedras, la guerra de Génova; pueblo á quien sirve de diversion detener con lazo corredizo toros y caballos corriendo, ó la guerra morisca en que doscientos hombres con armadura antigua, espada y puñal figuraban la toma de Mariana ó de Aleria, asistiendo de todos los puntos de la isla multitud de espectadores. »

Sería conveniente que entre muchos de los varios cantores de Italia, pues no puede ser obra de uno solo, se reunieran estas voces del pueblo; las barcarolas de Venecia, los *rispetti*, los *stornelli*, los *maggi* toscanos, los *villanelle* de Romanía, y los *voceri* de Córcega. Es seguro que hallarian en ellas solaz hasta los autores acostumbrados á limar mucho la frase.

Pero es indudable que las canciones italianas son todas domésticas, habiendo poquísimas romancescas, y ménos aun históricas; debiendo recordarse y deplorarse el corto número de cantos patrios que se han conservado, y las pocas poesías artísticas que han pasado á la memoria del pueblo. El tono rígido y pomposo de la lengua que se considera culta, impidió siempre entrar en la vida íntima, y no dejó comprender las pequeñas gradaciones del pensamiento que tanto sorprenden. Idólatras de la forma, no excitamos las simpatías de los que no han hecho de la poesía un asiduo estudio.

El soneto y la canción que se llama *petrarquesca*, fué la forma en que el ejemplo de los primeros poetas italianos fundió la expresion de los afectos. Forma tiránica, que los aprensa y obliga á menudo á hacer reflexiones monótonas ó á entregarse á la hinchazon del éxtasis; y quizá este artificio tan estrecho y laborioso, tan ingenioso y docto, que corresponde al contrapunto de la música, cortó las alas al genio lírico de los Italianos, impidiendo toda nueva tentativa, todo desarrollo ulterior, y aquellas modulaciones que parecian mas propias de una lengua esencialmente música. De donde resultó que hasta los cantos de amor se encerraron en el rumor ambicioso del soneto; los ingertos exóticos de Chiabrera no tuvieron buen éxito; y solo en los tiempos modernos se ha acudido á la armonía, que tambien se habia conservado siempre en las poesías cantadas,

Los poetas italianos se cuidaron demasiado poco de expresar en sus composiciones el sentimiento y la historia nacional.

Sin embargo, la carrera poética de Italia había principiado por el poema mas nacional, la Divina Comedia. Refiérese que Dante, como se le preguntase qué era el poema épico, condujo al que le hizo la pregunta á orillas del Adriático, y mostrándole desde una altura el cielo, la tierra, el mar, los bosques, los rios, las montañas, el vasto teatro de las grandezas y de las miserias, de los triunfos y de las debilidades del hombre, le dijo: *Cuanto ves, es el poema épico.*

Aunque el hecho no sea cierto, la definicion es digna de él, pues abrazó en efecto el cielo y la tierra. ¡Si á lo ménos la Italia, en su manía asténica de imitar, hubiese seguido las huellas de aquel gran genio! Pero á poco la invadieron los gramáticos que huían de Constantinopla, admiradores exclusivos de la forma clásica, y panegiristas de una literatura que les daba que comer; así dirigieron la imitacion de los poetas italianos á los autores griegos y latinos. La poesia volvió, pues, á la expresion de sentimientos individuales, como predominan, sin hablar de la turba poética, en Petrarca. Es verdad que este supo, de vez en cuando, suspender su canto á Láura, para hacer que « sus suspiros fuesen tales como los deseaban el Tíber, el Arno, y el Pó; » y se propuso « deslizar las manos entre los cabellos de la Italia, anciana, ociosa y lenta que duerme, sin haber quien la despierte. » Pero sus imitadores, escasos de afecto, solo nos regalaron insulseces de amargas dulzuras, senos de mármol y labios de rosa. Los innumerables poetas novelescos, en su totalidad, irónica ó formalmente, se dedicaron á cantar los héroes de la Tabla Redonda, y los Paladines de Carlo Magno ó del Santo Graal; ninguno eligió historias ó ficciones nacionales; y aunque el verdadero y casi único objeto de sus largas composiciones fué celebrar la genealogía de las familias principales de la Italia de entónces, no sabian tampoco elevarse al pensamiento de que la mentira hubiera podido hallar excusa con tal que hubiesen fingido orígenes nacionales. Sin embargo, tenían ante sí toda la edad média, en que Italia estuvo al frente de la civilizacion; tenían las Cruzadas, los Normandos, Gregorio VII, la Liga lombarda, hechos de accidentes poéticos como de nobles inspiraciones; tenían mas cerca á los *condottieri*, no ménos valientes que los paladines, y á quienes no faltó mas que una buena causa para ser héroes.

Pero los poemas estaban destinados á recitarse en las córtes de Florencia, Ferrara y Nápoles. El mayor de ellos tomó por tema el origen de la casa de Este, y la hizo proceder de un tal Roger, pagano, y de una tal Bradamante, Francesa, inventando combates y empresas, pero en Francia, España y África. Una vez Reinaldo (c. XLII, est. 69; c. XLIII, 144)

atraviesa la Italia, pero no encuentra allí mas que la obscena relacion del posadero. En el canto XXXIII, Ariosto describe las guerras que harian los Franceses en Italia, y dice que los ejércitos serian destruidos por el hierro, el hambre, ó la peste, con poca ganancia é infinito daño; pues estaba decretado que la flor de lis no echaria raíces en aquel terreno, y que en general ganaria victoria y honor el que acometiera la empresa de defender á Italia, y hallaria abierto su sepulcro el que tratara de causarle daño.

Otra vez el poeta habla directamente á Italia, como á las demas naciones de Europa, reprendiéndole que se valiera de las armas para exterminio de sus hermanos, en vez de manejarlas en defensa de la fe:

« Cuando deberían emplear la lanza en pró de la fe, se entretienen en herirse con ella unos á otros. Españoles, Franceses, Suizos, Alemanes, elegid otro territorio para vuestras conquistas; que cuanto buscáis aquí, es ya de Cristo.

» Si queréis ser Cristianos, si queréis que os apelliden Católicos, ¿ por qué matáis á los hombres de Cristo? ¿ Por qué los despojáis de sus bienes? ¿ Por qué no recobráis á Jerusalem, que os ha sido arrebatada por renegados? ¿ Por qué el inmundo Turco ocupa á Constantinopla y la mejor parte de la tierra?

» España, ¿ no tienes cerca de ti al África, que te ha ofendido mucho mas que la Italia? ¡ Empero, dejas tu primera empresa, tan bella, para afligir á este pobre país! Sentina de todos los vicios, duermes, Italia, ¿ y no te importa ser esclava de pueblos que un tiempo dominaste?

» Suizo, si te trae á Lombardia la duda de morir ó no de hambre, y buscas entre nosotros quien te dé el pan ó quien te mate, para saciar la miseria tienes no léjos las riquezas del Turco; arrójale de Europa, ó á lo ménos de Grecia; y así podras, ó hallar que comer, ó caer con mas mérito.

» Lo mismo que te digo, lo digo á tu vecino, el Aleman: allí están las riquezas que llevó de Roma Constantino; lo mejor se llevó, y regaló lo demas. Tampoco se encuentran muy distantes, si quieres ir allá, Pactolo y Hermo, de donde se extrae el oro fino, Migdonia y Lidia.

» Gran Leon, tú sobre cuyos hombros pesan las llaves del cielo, no dejes que Italia se duerma. Eres pastor, y Dios te ha confiado el báculo, y ha elegido el terrible nombre que llevas, para que rujas, y extiendas los brazos, defendiendo de los lobos tu rebaño. »

Palabras magnánimas, que sentimos hallar tan raras veces en ese amadísimo y vituperable autor, que por lo demas declaraba no importarle la condicion de su país; y á la muerte del Bizantino Marullo Tarcagnota cantaba:

Quid nostra, an Gallo regi, an servire Latino,
Si sit idem hinc atque hinc non leve servitium?

Verónica Gambará sentía la misma ira á la vista de las guerras entre Cristianos, cuando cantaba:

« Carlos y Francisco, venza vuestro antiguo odio y vuestra saña el sagrado nombre de Cristo.

» Prepárense vuestras armas á dominar á los enemigos de vuestro Dios y no aflijáis, no digo la Italia, sino la Europa, y cuanto baña el mar. »

Berni deplora del siguiente modo el saqueo de Roma:

« Quisiera citar como ejemplo el espectáculo mas cruel y terrible que ha visto el sol en la ciudad del sucesor de Pedro.

» Cuando, corriendo el año del Señor mil quinientos veintisiete, Dios entregó la víctima al furor español y alemán; cuando su Vicario, nuestro pastor, cayó prisionero en manos de los Bárbaros; y no se perdonó nada por respeto al sexo, al grado, á la edad, etc.

» Los castos altares, los templos sacrosantos en que se cantan laudes y esparce incienso, se llenaron de sangre y de lágrimas. ¡ Oh pecado inaudito, infando, inmenso! Arrastrados fueron por el suelo los huesos de los Santos, y (temblo de decirlo) tu carne y tu cuerpo fueron hollados.

» Tus sagradas vírgenes han sido objeto de mil injurias, se han visto tiradas de los cabellos, y los cadáveres fueron pasto de las fieras y de las aves de rapiña; y ántes de que sonase la trompeta del Juicio final se les sacó del sepulcro.

» Mis ojos han visto desenterrar en muchos lugares los huesos, en busca de riquezas. Cruel Tíber, sol que presenciásteis tan horrible acto; ¿ cómo no habéis retrocedido, tú; ¡ oh sol! mas allá del horizonte, y tú, ¡ oh Tíber! á tus fuentes? »

Orlando inn., c. XIV, est. 23 y 27.

En los sonetos de monseñor Guidiccioni resuena una noble indignacion:

Dal pigro e grave sonno, ove se polta
Sei già tant'anni, omai sorgi e respira,
E disdegnosa le tue piaghe mira,
Italia mia, non men serva che stolta.
La bella libertà, ch'altri t'ha tolta
Per tuo non sano oprar, cerca e sospira;
E i passi erranti al cammin dritto gira
Da quel torto sentier dove sei volta.
Che se risguardi le memorie antiche,
Vedrai che quei, che i tuoi trionfi ornaro,
T'han posto il giogo, e di catene avvinta.
L'empie tue voglie a te stessa nemiche,
Con gloria d'altri, e con tuo duolo amaro,
Misera t'hanno a si vil fine spinta.

« Italia mia, despierta del letargo en que hace tantos años estás sepultada, y contempla desdeñosa tus heridas, Italia tan sierva como necia.

» Busca la hermosa libertad que te han quitado por no conducirte bien, y suspira; y sigue

el sendero recto, separándote del torcido que llevabas.

» Pues si recuerdas lo pasado, verás que los que adornaron tus triunfos te han puesto el yugo y te han encadenado.

» Tus impíos deseos, enemigos de ti misma, te han empujado á un fin tan vil con gloria ajena y amargo duelo tuyo. »

Degna nutrice de le chiare genti,
Ch'ai di men foschi trionfar del mondo;
Albergo già di Dei fido e giocondo,
Or di lagrime triste e di lamenti;
Come posso udir io le tue dolenti
Voci, e mirar senza dolos profondo
Il sommo imperio tuo caduto al fondo
Tante tue pompe e tanti pregi spenti?
Tal così ancella maestà riserbi,
E si dentro il mio cor sona il tuo nome,
Ch'i tuoi sparsi vestigi inchino e adoro.
Che fu a vederti in tanti onor superbi
Seder reina, e'ncoronata d'oro
Le gloriose e venerabil chiome?

« Digna nodriza de los pueblos esclarecidos que triunfaron del mundo en dias ménos aciagos; en otro tiempo asilo fiel y venturoso de dioses, hoy de tristes lágrimas y de lamentos:

» ¿ Cómo puedo oír tus dolientes voces, y mirar sin profundo dolor tu imperio por tierra y tus pompas marchitas?

» Aunque esclava, conservas tanta majestad y tu nombre suena tan adentro en mi corazón, que me inclino ante tus esparcidos vestigios y los adoro.

» ¿ Qué te sirvió verte, á fuer de reina, cercada de fastuosos honores, y con la gloriosa y noble cabellera coronada de oro? »

Prega tu meco il ciel de la sua aita,
Se pur quanto dovria ti punge cura
Di questa afflitta Italia, a cui non dura
In tanti affanni omai la debil vita.
Non può la forte vineitrice arlita
Reggar (ch'il crederia?) sua possa dura
Nè rimedio o speranza l'assicura,
Si l'odio interno ha la pietà sbandita.
Ch'ha tal (nostrar la colpa e di fortuna!)
E giunta, che non è chi pur le dia
Conforto nel morir, non che soccorso.
Già tremar fece l'Universo ad una
Rivolta d'occhi, ed or cade tra via
Battuta e vinta nel su'estremo corso.
In non più udito e gran publico danno,
Le morti, l'onte e le querele sparte
D'Italia, ch'io pur piango in queste carte
Empieran di pietà quei che verranno.
Quanti (s'ie dritto stimo) ancor diranno
Oh nati a peggior anni in miglior part
Quanti movransi a vendicarla in parte,
Del barbarico oltraggio e dell'inganno!
Non avrà l'ozio pigro e'l viver molle
Loco in quei saggi ch'anderan col sano
Pensiero al corso degli onori eterno:
Ch'assai col vostro sangue avremo il folle
Error purgato di color che in mano
Di si belle contrade hanno il governo.
Questa, che tanti secoli già stese
Si lunge il braccio del felice impero,
Donna delle provincie e di quel vero
Vaio, che in cima d'alta gloria ascese.